Universidad Nacional de la Plata
Facultad de Humanidades
y Ciencias de la Educación

FaHCE Memoria Académica

Besse, Jean-Marc

El espacio del paisaje

BIBHUMA

III Jornadas del Doctorado en Geografía

29 y 30 de septiembre de 2010.

Este documento está disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, el repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata**, que procura la reunión, el registro, la difusión y la preservación de la producción científico-académica édita e inédita de los miembros de su comunidad académica. Para más información, visite el sitio
www.memoria.fahce.unlp.edu.ar

Esta iniciativa está a cargo de BIBHUMA, la Biblioteca de la Facultad, que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados. Para más información, visite el sitio
www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar

Cita sugerida
Besse, J-M. (2010) El espacio del paisaje [en línea]. III Jornadas del Doctorado en Geografía, 29 y 30 de septiembre de 2010, La Plata. Desafíos teóricos y compromiso social en la Argentina de hoy. Disponible en Memoria Académica: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1488/ev.1488.pdf

Licenciamiento
Esta obra está bajo una licencia Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina de Creative Commons.

Para ver una copia breve de esta licencia, visite
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/.

Para ver la licencia completa en código legal, visite
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode.

O envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.

EL ESPACIO DEL PAISAJE[1]

Prof. Dr. Jean-Marc Besse
Director del equipo de Historia de la Geografía y Epistemología
UMR Géographie-cités, CNRS, Paris

Introducción: la deconstrucción de las representaciones paisajísticas

Durante buena parte del siglo XX, la geografía humana concibió el espacio como una realidad territorial, realidad que era a su vez considerada como la expresión visible de las sociedades que contribuían a producirla. Esta forma de concebir el paisaje coincidía con las definiciones clásicas que presentaban al paisaje como la parte del país que se ofrecía a la mirada de un espectador, al que generalmente se ubicaba desde cierta altura. Aún hoy se sigue percibiendo, pensando, practicando, e incluso fabricando y vendiendo el paisaje (en realidad y en imágenes) en función de esta definición.

Sin embargo, en los últimos veinte años, como se sabe, este modo de concebir y definir el paisaje ha sido sometido a toda una serie de operaciones críticas de « deconstrucción », tanto en el campo de la historia como en el de las ciencias sociales. A partir de Denis Cosgrove, un número importante de trabajos de cuño culturalista y semiótico, establecieron, desarrollaron e ilustraron la idea de que el paisaje debía ser comprendido ya no como una realidad territorial objetiva sino ante todo como un modo de ver y representar el mundo circundante, como una imagen proyectada sobre el mundo. El paisaje, o para ser más exactos, la mirada paisajística, correspondían entonces al despliegue y a la proyección sobre el mundo exterior de una grilla mental o código cultural cuyos orígenes debían indagarse principalmente por el lado de la historia de la pintura.

Desde esa misma perspectiva, el paisaje se puso en relación con universos ya no restringidos a la esfera artística sino, más bien, situados en la articulación de la estética con otras dimensiones de la cultura tales como la ciencia, la religión o la política. En este sentido, los historiadores, los sociólogos, los geógrafos comenzaron a considerar el paisaje desde el punto de vista de la historia de las culturas visuales modernas, buscando dilucidar el rol que las representaciones paisajísticas habían tenido en el establecimiento de dichas culturas visuales.

La geografía cultural de inspiración crítica acepta hoy en día, de un modo general, que la concepción clásica del paisaje corresponde en verdad a una producción ideológica de la cultura

[1] Conferencia Dictada el día 29 de Setiembre de 2010 en la FaHCE-UNLP. ***Traducción de la Dra. Margarita Merbilhaá***

moderna.[2]El paisaje, más exactamente el paisaje clásico, habría diseñado y construido una suerte de relación imaginaria con la naturaleza, gracias a la cual la aristocracia y la burguesía lograron representarse a sí mismas y también a su rol en la sociedad. Esta percepción paisajística del mundo fue la que, según este enfoque, acompañó la aparición y el desarrollo del capitalismo europeo, es decir, la transformación del territorio en mercancía y, a la vez, en espectáculo a ser contemplado visualmente desde lo exterior, por ejemplo, desde lo alto de un mirador. Más precisamente, el paisaje sirvió así ideológicamente para « naturalizar » la dimensión desigual de las relaciones sociales y para ocultar la realidad de los procesos históricos y conflictivos.

Las ciencias sociales contemporáneas sumaron otras características a esta cultura paisajística europea entendida como institución burguesa. Las resumiré esquemáticamente : 1) Se trata de una cultura que pone el ojo y la visión en el centro del proceso de percepción del paisaje, en detrimento de los demás sentidos ; 2) es una cultura principalmente europea, occidental, blanca, en detrimento de otros modelos culturales de relación con el paisaje ; 3) es una cultura esencialmente masculina ; 4) la representación del paisaje corresponde a la implementación de un espacio de control fundamental para la constitución de los imaginarios nacionales e incluso nacionalistas ; 6) por último, la imaginería paisajística, en todas sus formas, ya sean artísticas o mediáticas, cumplió un rol decisivo en la « naturalización » de las empresas coloniales.

De este modo, para resumir estas observaciones, puede decirse que desde el punto de vista de la teoría crítica, la representación moderna del paisaje, al menos en su definición corriente, correspondería a una construcción cultural de tipo ideológico, con vocación, entre otras cosas, de enmascarar mediante una serie de artificios imaginarios, la realidad de los conflictos sociales y políticos. Inversamente, un abordaje crítico del paisaje apuntaría principalmente a desactivar en cierto modo estas operaciones diversas, y a buscar detrás de las representaciones paisajísticas los procesos históricos que les dieron origen.

No intentaré aquí cuestionar esta perspectiva deconstructivista. Por el contrario, la comparto plenamente. Este abordaje culturalista de las representaciones paisajísticas tuvo y sigue teniendo sus frutos, tanto desde el punto de vista crítico como desde un aspecto más positivo. Creo, sin embargo, que el hecho de considerar el paisaje únicamente de ese modo -es decir en tanto representación, imagen o proyección de la cultura- deja de lado muchos otros aspectos del paisaje, en particular sus anclajes ontológicos, existenciales y materiales.

2 Tal es el sentido de la siguiente afirmación de James y Nancy Duncan: “Puede decirse que uno de los principales roles que tuvo el paisaje en el proceso social es de orden ideológico, al servir de soporte al conjunto de ideas y valores, a hipótesis incuestionadas respecto del modo en que una sociedad está o debería ser organizada” (« (Re)lire le paysage », en J.-F. Staszak (dir.), *Géographies anglo-saxonnes. Tendances contemporaines*, Belin, Paris, 2001, p. 221). [cita traducida por la trad.].

El espacio del paisaje

Quisiera ante todo, en este sentido, dar cuenta de un desplazamiento crítico y problemático al que asistimos actualmente en el ámbito de las investigaciones sobre el paisaje, y proponer algunos comentarios acerca de lo que está en juego en este desplazamiento. Para ser más preciso y más explícito, intentaré referirme a los enfoques que ponen de relieve *el tipo de experiencia espacial específica que activa el paisaje.* Este punto constituye uno de los desafíos fundamentales, a mi entender, para la elaboración o la reformulación de una teoría del paisaje.

En efecto, más allá de un enfoque crítico del paisaje, que estaría formulado únicamente en términos de representación cultural, tal como se ha venido haciendo desde hace veinte años, considero hoy indispensable plantear la cuestión del *espacio del paisaje,* y más precisamente, de la diversidad de espacialidades que se ven implicadas en las representaciones, las prácticas y las experiencias paisajísticas. El paisaje activa y pone en juego un cierto *sentido del espacio* que es necesario hacer aparecer.

Para hacer aparecer estos desafíos de la cuestión que quiero plantear ahora, resulta necesario volver rápidamente, una vez más, a la definición « clásica » del paisaje que lo presenta como un espectáculo visual conseguido desde lo alto, como un panorama. El paisaje sería la parte del territorio a la que se puede acceder mediante la vista pero desde cierta distancia, habiéndose distanciado, podría decirse. Las nociones de distancia y distanciamiento respecto del territorio cumplen aquí un papel decisivo. Por un lado, es gracias a esta toma de *distancia,* gracias a esta puesta en perspectiva, que el paisaje puede *aparecer* ante los ojos del espectador, el viajero o el turista. Pero, por otro lado, el paisaje existe, sobre todo, frente a un espectador que es exterior al mundo que aparece ante sus ojos. Desde el punto de vista de esta definición clásica, el paisaje correspondería a la activación de un determinado sentido y de una determinada práctica del espacio, caracterizados por la visibilidad, la distancia y la exterioridad. Justamente son estos puntos y precisamente este tipo de experiencia del espacio inducida por dicha concepción del paisaje los que hoy en día resulta necesario discutir y comentar. ¿Qué puede decirse hoy de la *distancia* en el paisaje? ¿De un modo más general, en definitiva, qué significa *el espacio del paisaje*?

Por supuesto, resulta imposible tratar exhaustivamente esta cuestión en el marco de esta conferencia.

Me limitaré a plantear dos observaciones algo distintas si se tiene en cuenta su intención, y que por lo tanto no estarán articuladas entre sí, pero en las que intentaré señalar algunas líneas de

reflexión relativas a la espacialidad del paisaje, y que considero que deben ser profundizadas en la actualidad.

En un primer momento, tomaré la cuestión del « espacio del paisaje » en su aspecto fenomenológico. Intentaré así explorar la dimensión polisensorial presente en las experiencias paisajísticas, desde la perspectiva de una antropología del cuerpo vivido. Más exactamente, procuraré dar cuenta de nuevos modos de aprehensión del paisaje que buscan poner en evidencia lo que podríamos llamar un paisaje de proximidad.

En un segundo momento, que será distinto del primero, volveré sobre la noción de la geograficidad, propuesta hace un tiempo por el geógrafo y filósofo Eric Dardel, como concepto central de su reflexión acerca de la realidad geográfica y del paisaje. Me parece, en efecto, que este concepto de geograficidad puede ser un lugar sobre el que puede elaborarse una respuesta a la pregunta acerca del modo de espacialidad propio del paisaje.

Estar involucrado en el paisaje: una geografía del cuerpo sensible

Para esta primera serie de comentarios, partiré de la observación fundamental del historiador y teórico del paisaje norteamericano John Brinckerhoff Jackson: « Ya no vemos [al paisaje] como separado de nuestra vida diaria, y de hecho creemos hoy en día que formar parte de un paisaje, buscar en él nuestra identidad, es una condición determinante de nuestro estar-en-el-mundo, en el sentido más solemne de la palabra. Es esta significación del paisaje, considerablemente ampliada, la que vuelve tan necesaria su nueva definición en la actualidad »[3] (*A la découverte du paysage vernaculaire*, Actes Sud, p. 262):

El diagnóstico de Jackson resulta muy claro. Necesitamos una nueva definición del paisaje, y esta nueva definición implica una nueva comprensión de la presencia humana en el paisaje. Más precisamente, Jackson define al paisaje no como aquello que está delante del ser humano, como un objeto para mirar o transformar, sino por el contrario como una dimensión misma de su ser. Pero entonces, si el paisaje forma parte de nuestro estar-en-el-mundo, si es uno de los elementos constitutivos, incluso fundantes, de nuestras identidades personales y colectivas, y más aún, si es correlativo de la formación y la formulación de necesidades existenciales, ya no podemos hablar de él en términos de vista, espectáculo, exterioridad y distancia. Por el contrario, resulta necesario considerar al paisaje con nociones tales como « estar involucrado en », o « implicación en » (el paisaje). « Estamos en el paisaje » sería la fórmula equivalente de « estamos en el mundo ». Existe una substancialidad del paisaje de la

[3] La cita está en francés en el original [nota de la trad.]

que participamos, de la que formamos parte. Es esa noción de « estar en el mundo », la que quisiera explorar aquí.

Parece que tendremos que habituarnos a la idea de que los paisajes son medios en los cuales estamos sumergidos, antes que objetos para ser contemplados. No están hechos primero para ser vistos. Habitamos los paisajes antes de mirarlos. Más precisamente, habría que decir: aunque miremos el paisaje, no podemos pretender mirarlo desde el exterior, desde una suerte de representación soberana. Lo miramos desde el interior, por decirlo de algún modo, estamos en los pliegues del mundo, lo que mejor corresponde a la noción de una *implicación* en el mundo. Eso dice, de otra manera, el antropólogo Tim Ingold: « El paisaje [...] no es una totalidad sobre la que usted o quien sea pueda llevar la mirada; es más bien el mundo *en cuyo interior nos posicionamos* adoptando un punto de vista sobre lo que nos rodea. Y es en el contexto de dicho implicación atenta al paisaje, como la imaginación humana trabaja, elaborando ideas sobre él. Pues el paisaje, para tomar una frase de Merleau-Ponty, no es tanto el objeto cuanto la patria de nuestros pensamientos »[4] (*The perception of environment*…, 2000, p. 207, cursiva mía).

Pero entonces, si el paisaje corresponde a nuestra implicación en el mundo, eso quiere decir que no está lejos de nosotros, en el horizonte, sino que, por el contrario, nos resulta cercano, estamos en contacto con él, digamos que nos envuelve. Podría decirse, inclusive, que ese contacto, ese conjunto de contactos con el mundo circundante, o sea esa experiencia física, son los que hacen paisaje, los que hacen el paisaje. El paisaje es un espacio táctil, antes que óptico. Pasemos a algunas precisiones al respecto.

La sociología y la antropología de los sentidos, la geografía cultural, la historia de las sensibilidades, la estética filosófica, así como muchos estudios sobre los entornos urbanos, han puesto en evidencia en qué aspecto el paisaje tomaba a su cargo una dimensión de la relación humana con el mundo y la naturaleza que la ciencia moderna había dejado de lado: el vínculo directo, inmediato, físico con los elementos sensibles del mundo terrestre. El agua, el aire, la luz, la tierra, antes de convertirse en objetos de la ciencia, son aspectos materiales del mundo, abiertos a los cinco sentidos, a la emoción, a una suerte de geografía afectiva que repercute sobre los poderes de impacto que tienen los lugares sobre la imaginación. El paisaje pertenecería primero al orden de la experiencia vivida, desde el plano de la sensibilidad.

Más precisamente, el paisaje pertenecería al orden de la experiencia polisensorial (volveré sobre esta expresión), en el sentido opuesto a los movimientos « anestésicos » (R. Sennett) característicos del mundo moderno y contemporáneo. Contra la fobia moderna al contacto con el mundo y con los otros, el paisaje afirmaría el rol central de las experiencias sensoriales en la

[4] La cita está en francés en el original [nota de la trad.]

conformación de las identidades territoriales. Pero entonces, surgiría la siguiente pregunta: ¿Cómo reconocer la « polisensorialidad » propia del paisaje y sobre todo, cómo acceder a ella? ¿Cómo acceder al paisaje en tanto medio sensorial?

Es necesario destacar al respecto, la importancia de la noción y de la experiencia de la *exposición:* la experiencia del paisaje consiste en « exponerse a », « exponer su cuerpo a ». Afirmar el paisaje sería entonces afirmar que las cosas suceden *afuera*, es decir, en el encuentro de la exterioridad en sus formas más concretas (luz, temperatura, calidad del aire, olores, etc.).

Así, el cuerpo ocupa un lugar central en los ámbitos y experiencias paisajísticos. Más precisamente, el cuerpo sensible es como el centro y la condición de posibilidad de las experiencias del paisaje. Pero ¿a qué reenvía en este caso la noción de « cuerpo sensible »? Recordemos ahora la distinción, ya clásica desde Husserl y Merleau-Ponty, entre el concepto de cuerpo considerado como objeto físico neutro (el cuerpo de la Física sólo es un punto material al que se le atribuyen propiedades diversas tales como la pesadez, el tamaño, etc., siendo un punto que en realidad no existe), y el cuerpo vivo, sentido, vivido, experimentado desde el interior, nuestro propio cuerpo. Para marcar dicha distinción se habla además de, por un lado, el cuerpo que tengo y que me puede resultar a veces extraño a mí mismo, y por otro lado, del cuerpo que soy, del cuerpo que vivo « desde el interior », por decirlo de algún modo, mi cuerpo vivo.

Este cuerpo vivo es el cuerpo sensible de las experiencias paisajísticas polisensoriales, es el centro de los afectos, el centro y el receptáculo de las espacialidades afectivas. Desde esta perspectiva, la noción de « vivienda» adquiere una carga ontológica y fenomenológica decisiva: es por nuestro propio cuerpo que habitamos, vivimos en el mundo. La que aquí se propone y se despliega es otra geografía del mundo.

Ahora bien, esto no me lleva a concluir que las concepciones ópticas y representativas del paisaje sean falsas. Semejante afirmación no tendría sentido. Sin embargo, según la perspectiva que adopto, esas concepciones pueden considerarse epistemológicamente insuficientes, dado que no dan cuenta de la complejidad y la diversidad de las experiencias paisajísticas, que no son en su *totalidad*, y al menos que no son *únicamente*, del orden de una visión en perspectiva y de distanciamiento ni del orden de la representación (en el sentido que las ciencias de la cultura dieron a dicho término). En otras palabras, ciertas experiencias paisajísticas contemporáneas configuran un nuevo sentido del espacio, un sentido no representativo que se forma en una suerte de proximidad con el mundo, y que se habría que intentar percibir.

Tomaré dos ejemplos sin desarrollarlos.

Desde los años 1970, a partir de los estudios fundacionales del músico canadiense Raymond Murray Schaffer, se habla de « paisaje sonoro » (*soundscape*), para designar « aquello que en el medio ambiente sonoro es perceptible en tanto unidad estética » (J.-F. Augoyard). Murray Schaffer ha mostrado con claridad en su libro fundacional (*Le paysage sonore*, 1977, éd. fra. 1979), el modo en que el mundo natural es generador de sonoridades identificables (la lluvia, los animales, la nieve) y sobre todo, cómo dichas sonoridades pueden ser consideradas en tanto características de los lugares de donde surgen. Lo mismo ocurre con el mundo humano, en particular el urbano (las voces, las máquinas, los desplazamientos vehiculares, la resonancia de los suelos), cuyas sonoridades fueron variando a lo largo de la historia en relación con las transformaciones de la vida social, urbana, económica. Existen una historia y una geografía sonoras del mundo. Por lo tanto, los lugares y los espacios no sólo son visibles sino también audibles. Emanan sonoridades particulares que de alguna manera « hacen paisaje », en el sentido de que constituyen la atmósfera o el ámbito característico de estos lugares.

Segundo ejemplo: No existe solamente una sonoridad de los paisajes. Los paisajes despliegan olores específicos, al punto tal de que se puede hablar de una suerte de organización olfativa, y no visual, del espacio en los paisajes naturales y urbanos. La organización espacial del paisaje olfativo (o *smellscape*) se caracteriza por su aspecto discontinuo, fragmentario, episódico, aunque sea posible (al menos se lo ha intentado) establecer su cartografía. Dicha cartografía olfativa ha sido claramente estudiada por Alain Corbin[5] y otros historiadores, geógrafos y antropólogos de las sensibilidades[6] que reconstruyeron la historia de las culturas olfativas, así como la de la « desodorización » del mundo moderno, y más precisamente del espacio público (de la calle), que presenciamos hoy en día.

Estos dos ejemplos ilustran que, junto al espacio visual, óptico y acaso mezclándose con estos, existen otros sistemas de construcción de la espacialidad en el paisaje. He hablado, en el caso que nos ocupa, de espacio « táctil », diferenciado del espacio óptico al que tan frecuentemente se reduce al espacio. Con respecto a dicha expresión, me remito no sólo a Aloïs Riegl, quien ha introducido este término, sino también a las bellísimas palabras de Gilles Deleuze acerca de lo que denomina « el espacio liso » (*Mille plateaux*, p. 614 y ss. [*Mil mesetas*]), y que se abre sobre un « observador nómade »: « El espacio liso, táctil y de visión acercada, tiene un primer

5 *Le miasme et la jonquille* (1982, 2008).

6 David Howes, *Sensual Relations: Engaging the Senses in Culture and Social Theory*. Ann Arbor, 2003 ; J. Douglas Porteous, *Landscapes of the Mind: worlds of sense and metaphor*, Toronto, 1990.

aspecto: es la variación continua de sus orientaciones, sus referencias y sus conexiones; opera paso a paso »[7]

Más precisamente: existe en el paisaje una espacialidad de lo cercano, del contacto y de la participación con un entorno exterior; el paisaje puede ser entendido como complejo, es decir como un ambiente compuesto por varias dimensiones sensoriales (auditivas, táctiles, olfativas, visuales, etc.) que interactúan y en el que el cuerpo se ve « inmerso ». De un modo más general, es posible preguntarse por la coexistencia y las transiciones entre varios niveles o formas de espacialidad dentro de lo que se denomina « el paisaje »: esto es, lo visual, lo táctil, lo olfativo, lo sonoro. En la experiencia que tenemos de los paisajes, estamos simultáneamente implicados en varios tipos de espacios sensoriales que se articulan al tiempo que permanecen distintos. Y, al fin y al cabo, en la actualidad estamos llevados a interrogar y relativizar las concepciones estrictamente « visuales » y « representativas » del paisaje, al menos tal como han sido estudiadas en el ámbito de las ciencias sociales desde hace unos veinte años, en beneficio de un enfoque polisensorial y no representativo de los espacios paisajísticos, que de ahora en adelante debería tenerse en cuenta.

El paisaje como despliegue de la geograficidad humana

Habría que preguntarse con mayor precisión acerca de esta geografía vivida a la que me he referido anteriormente, acerca de esta noción de implicación atenta y sobre lo que significa estar implicado en el paisaje, estar en sus pliegues. Más aún, acaso resulte necesario distinguir entre dos modalidades de espacialización del paisaje, la primera vinculada a las nociones de implicación y proximidad; la segunda, más bien ligada, como hemos visto, a las perspectivas del alejamiento, de la visión sintética alcanzada mediante la distancia y el distanciamiento.

Para referirme a esta cuestión, quisiera retomar los análisis desarrollados por el geógrafo y filósofo francés Eric Dardel en su libro *L'homme et la terre* (1952). En particular, me detendré en el modo en que Eric Dardel define aquello que denomina la geograficidad del ser humano. La geograficidad humana, es decir el espacio del paisaje, sería el movimiento pero también la tensión que se despliegan entre un Aquí y un Allá, entre una base y un horizonte, concebidos como una suerte de *a priori* fundamentales propios de cualquier tipo de existencia humana. Avancemos un poco más:

Existe una realidad geográfica o paisajística que es una expresión del trabajo humano y que, más allá, traduce la organización de la vida social. La posición de Dardel es cercana a la que

7 "El espacio liso, háptico y de visión próxima, tiene una primera característica: la variación continua de sus orientaciones, de sus referencias y de sus conexiones; actúa de vecino a vecino" (Deleuze, Gilles. Mil mesetas. Valencia: Pre-textos, 1988: 500- Trad. Vázquez Pérez)

hoy en día defiende Tim Ingold al adoptar, respecto del paisaje, lo que él denomina la « dwelling perspective » : el paisaje cuenta la historia de aquellos que vivieron en él. [8] El paisaje es una obra y en tanto tal, es portador de sentido. Es la expresión de una relación, la de los hombres y la superficie terrestre, en la que se constituye el espacio propio de la geograficidad.

Pero el modo en que Dardel presenta dicha relación entre los hombres y la tierra resulta algo singular, dado que el ser humano se relaciona precisamente con la tierra « como base *y* como horizonte » (*op. cit.,* p. 47, subrayado mío). Así, la tierra del geógrafo no es una tierra en general, una tierra abstracta o el planeta-tierra del astrónomo, ni tampoco una tierra pensada en base al modelo del arraigo originario y fundamental, sino más bien una tierra pensada como superficie para recorrer, un espacio abierto, una tierra que se caracteriza por tener una estructura espacial muy particular: la estructura base/horizonte. La geograficidad humana que se expresa en el paisaje corresponde a la experiencia de dicho espacio.

Dardel toma la palabra « base » de Emmanuel Lévinas (*De l'existence à l'existant*, p. 119). La « base » es aquello a partir de lo cual existimos en tanto sujetos, es el lugar de origen, el lugar protector en el que decidimos dormir, la tierra firme que todo sujeto necesita par ser y desarrollarse. Es el Aquí fundamental respecto del cual se abre toda extensión. Un lugar de partida que, por supuesto, no se quiere pero a través del cual el sujeto despliega sus posibilidades.[9]Dicho « lugar » que antecede a todas las elecciones es la muestra más irremediable del carácter terrestre de la existencia humana. Estamos, en tanto sujetos, siempre presentes en algún lugar de la tierra y es desde ese « aquí » *en el que* estamos y *que* somos, que existimos y actuamos. La base terrestre, más precisamente la ubicación geográfica, es la condición misma de la humanidad, una condición que es « anterior a toda objetivación ».

Pero como ya lo he dicho, la afirmación de esta co-pertenencia del hombre y de la tierra no lleva a Eric Dardel a sostener un discurso de tipo « esencialista », o « patético », en pos de un « romanticismo de la Tierra », tal como él mismo lo señala. En efecto, desde el punto de vista geográfico, esa « base » sólo existe en relación y tensión con un horizonte, es decir, una apertura del espacio gracias a la cual el mundo, digamos, emerge por encima de las cosas. Para Dardel, la experiencia del espacio es lo que mejor se corresponde con la apertura del espacio de la geograficidad humana. El paisaje es aquello que rodea al ser humano, no como un círculo cerrado sino como un despliegue de distancias y orientaciones que invitan al movimiento. « El paisaje, escribe Dardel, es un escape hacia toda la Tierra, una ventana

8 Tim Ingold, « The temporality of landscape », in *The perception of the environment. Essays in livelihood, dwelling and skill*, Routledge, 2000, pp. 189-208.

9 E. Dardel, « No sólo punto de apoyo espacial y soporte material, sino condición de toda 'posición' de la existencia, de toda acción de apoyar y reposar." (Ibid., p. 55).

abierta a posibilidades ilimitadas: un horizonte » (p. 42). La experiencia geográfica del espacio se da primero en un impulso, más exactamente en un movimiento lanzado desde un lugar. Ese movimiento dibuja literalmente el espacio y es sobre dicho movimiento que se edifica la existencia humana.

Eric Dardel presenta el Aquí y el Allá como una suerte de *a priori* fundamentales de cualquier existencia humana. Estos forman una estructura en la que se origina el espacio geográfico. Podría decirse que paisaje humano no es otra cosa que el modo de presencia de dicha estructura en la organización de la vida humana, individual y colectiva. Ya sea que la orientación se dé hacia el Aquí, o base, o hacia el Allá, u horizonte, estos dos enfoques del paisaje presentan, con ambas *escalas* y ambas *orientaciones* del paisaje, dos maneras o dos polos entre los cuales se fabrican las geograficidades humanas efectivas.

Podría entonces pensarse en una historia de la geografía que no fuera simplemente la historia de las ciencias y de las representaciones geográficas, sino más bien una historia de las distintas maneras en que las sociedades humanas nombraron, organizaron, interpretaron, vivieron, produjeron y practicaron la estructura de separación entre el Aquí/Allá que da origen a toda realidad geográfica. Podemos imaginar que se escriba la historia de las diferentes formas o versiones culturales e históricas de dicha estructura.

Para ilustrar esta línea de investigación y a modo de cierre de esta intervención, quisiera retomar la cuestión clásica del « nacimiento del paisaje » en Europa. Intentaré ante todo poner énfasis en el aspecto propiamente espacial de ese momento particular de la cultura europea.

Se ha hablado mucho acerca del papel de la pintura en el establecimiento de la mirada paisajística. Pareciera que, en última instancia, la Tierra se hubiera convertido en paisaje a partir del momento en que se comenzó a mirarla como un cuadro. Se han destacado, en particular, las relaciones entre, por un lado, la aparición de la mirada paisajística y por el otro, el sistema de recorte y enmarcado de la vista generado por lo que se ha designado genéricamente « la ventana », como si la Tierra se hubiera convertido en paisaje a partir del momento en que ésta se ofreció a la mirada en tanto espacio captado dentro de un marco, el de la ventana y el del cuadro. Por último, se llegó incluso a ubicar el lugar de nacimiento del paisaje entre Flandes e Italia, quizá en la ruta entre ambas.

Todo esto se conoce bien, de modo que no lo retomaré. Quisiera en cambio referirme a otro aspecto de esta historia.

En 1493, en un discurso pronunciado ante el papa Alejandro VI, Fernando de Almeida, representante del rey de Portugal Juan II, declaraba que su rey había « agregado a la tierra un gran número de nuevas islas muy alejadas de nosotros » y que había « así ampliado el

mundo ». Quizá la gran novedad del siglo XVI respecto del paisaje, haya residido en el eco y la repercusión de una experiencia novedosa, que es precisamente de orden geográfico. El siglo XVI conoce, para retomar una fórmula de Jean Starobinski, un formidable enriquecimiento de la idea del mundo terrestre. Dicha época, conocida como la de los « grandes descubrimientos », introdujo en la conciencia europea una amplitud claramente nueva del espacio terrestre, una medida, un tamaño y una escala inéditas del espacio. Ante la superficie de esta Tierra, que se había vuelto verdaderamente inmensa, se tomó conciencia de que el espacio era abierto. En ese momento, dada esta posibilidad de avanzar indefinidamente sobre la superficie de la Tierra, tal vez la noción de horizonte haya verdaderamente recibido su significación moderna, que es paisajística.

De este modo, hubo un momento de la historia europea en que apareció el sentimiento positivo y liberador del espacio como tal, por así decirlo, en el que la posibilidad de llevar una vida según el espacio ya no fue pensada como una debilidad o una falta del alma, sino por el contrario, como un horizonte que podía ser recorrido. El paisaje se reveló en aquel momento y lugar preciso en los que, delante del viajero, la superficie de la tierra se abrió, se fue extendiendo paso a paso e indefinidamente como un espacio que invitaba al descubrimiento, al júbilo, como así también a la preocupación.

Es lo que parecen haber comprendido los pintores flamencos al elaborar la fórmula del « paisaje del mundo ». Se ha destacado a menudo el vínculo entre, por un lado, aquellos grandes paisajes pintados primero por Bruegel y Patinir, y por otro lado, los mapamundi realizados en la misma época por los cartógrafos flamencos. Tanto en el mapa como en el territorio, se observa una misma voluntad de describir la profusión del mundo y de ordenarla, la misma voluntad de pensar el espacio terrestre como un todo. Un todo que nos habla de viajes. El mundo es un espacio en el que se circula.

Deberíamos retomar aquí, para situarnos en un plano filosófico, lo que dice Maurice Merleau-Ponty acerca de la profundidad. La profundidad del espacio no es simplemente una dimensión más que la mente agregaría a las dos anteriores; no equivale a lo alto ni a lo ancho y no viene como un « plus » a partir del plano. Existe, escribió Merleau-Ponty, una « profundidad primordial » que reside en todas las relaciones de distancia y que « revela inmediatamente el vínculo del sujeto al espacio ». La profundidad del espacio es una dimensión existencial, es la posibilidad de un ser implicado en el mundo terrestre. La profundidad expresa el hecho de que estoy en medio del espacio, lo vivo « desde adentro », que su volumen me engloba. Hay que pensar el espacio a partir de esta implicación en él, es decir de lo voluminoso y de la profundidad que me envuelven, en los que me desenvuelvo, y que se resumen en la palabra « horizonte ».

Conclusión

Desde esta perspectiva, es posible concebir el espacio del paisaje como un espacio en el que se ha elaborado un determinado tipo de experiencia humana. En otras palabras, para dar cuenta del alcance real del nacimiento del paisaje en la historia de la cultura moderna, resultaría necesario adoptar el punto de vista de una antropología o una psicología histórica que indagara las sucesivas concepciones y experiencias del espacio terrestre. El paisaje abrió un espacio a la vida humana, un espacio en el cual la vida humana se desarrolló y se realizó según determinadas formas y en determinadas direcciones. No se trata aquí, por supuesto, de abandonar las enseñanzas de las artes y en particular de la pintura, sino que se trata más bien de recoger en la pintura aquellos elementos que permitan una comprensión de la configuración de la vida, más precisamente de esa vida que se desarrolla en el seno del espacio y en la superficie de la Tierra, en los pliegues de sus paisajes.